

La vida cotidiana del soldado en el ejército de Flandes

Título: La vida cotidiana del soldado en el ejército de Flandes. **Target:** Bachillerato de Humanidades. **Asignatura:** Historia. **Autor:** María Almudena Suañez Redondo, Licenciada en Geografía e Historia. Especializada en Antropología. Doctora en Patrimonio Histórico y Artístico., Profesora de CC.SS. Educación Secundaria en la Comunidad Foral de Navarra.

1. INTRODUCCIÓN

En un somero acercamiento a las condiciones de vida que tuvieron los soldados españoles en los siglos XVI y XVII, nada mejor que el estudio del Ejército de Flandes, buen exponente de lo que fue el tipo de ejército moderno, un nuevo modelo de milicias que se nos presenta como un microcosmos dentro de la sociedad, no solo española sino europea del momento.

La forma de organización y estrategia militar cambió a partir de 1500 y “las guerras que comenzaron formalmente en 1572 y continuaron hasta 1659 fueron la escuela en que hicieron su aprendizaje generaciones de jefes y empresarios militares” (Parker, 1976:15). Una de las notas distintivas de este cambio en el ejército es el aumento en el número de hombres que lo integran.

Será el pensador Maquiavelo, el que no solo reflejará la transformación que se da en el arte bélico del siglo XVI sino que ofrecerá un análisis y nuevas ideas, augurando unos cambios decisivos tanto en las cuestiones técnicas como en las teóricas. Las ideas de Maquiavelo “ejercieron una poderosa influencia sobre el pensamiento militar” (Parker, 1976:40). Ahora la infantería puede derrotar a la caballería, defiende Maquiavelo, puntualizando que la cantidad de hombres es más eficaz que la calidad. Supuestamente, este hecho daría lugar a mayores batallas, y por ende, a guerras más breves y decisivas, fenómenos estos últimos que no se darán nunca en una Europa moderna inmersa en continuas contiendas.

Desde 1530 hay una necesidad de mayores ejércitos, llegando, en ocasiones, a unas cifras impresionantes para la época- Ejército de Flandes, marzo de 1574 conformado por más de 86.000 hombres o para abril de 1624 con 71.288 soldados-, en los cuales el peso numérico y estratégico lo llevará la infantería. La “revolución militar” efectuada por Mauricio de Naussau y Gustavo Adolfo de Suecia con indudables mejoras en el entrenamiento, disciplina y armamento fueron bien asimiladas por el Ejército de Flandes, pero estos grandes ejércitos muchas veces no tendrán nada que hacer frente a otros adelantos técnicos como la “trace italienne” que hará que la defensa sea mejor que la ofensiva en la guerra de sitio. La Guerra contra los Países Bajos, parece una serie de luchas de guerrilla sin coordinación más que una única guerra a gran escala, donde la participación civil es tan elevada como la militar y donde es difícil la distinción entre soldados pobremente armados y que combaten de mala gana y civiles agresivos, así como es difícil de determinar donde comienza la guerra convencional y acaba la guerrilla.

En una guerra intensa y agotadora en extremo como fue esta denominada, “Guerre aux vaches” se puede estudiar la vida cotidiana de los miles de soldados que participaron en ella a través de sus nóminas, testamentos, escritos, etc., aunque nuevas investigaciones nos darán más datos sobre los soldados, no sólo los que lucharon en el bando español sino también sobre los que fueron sus rivales. Las relaciones de intercambios, no hostiles, entre los soldados de ambos bandos fueron intensas y necesarias para la mutua sobrevivencia, a pesar de las condenas de los altos mandos de cada bando.

El descuido de los historiadores militares de no dar importancia a la guerra de guerrillas en la Europa moderna o de no aunar los datos y las visiones de los ejércitos que combatían entre sí, da lugar a la necesidad de impulsar nuevas investigaciones en el marco de la vida cotidiana del soldado europeo.

2. CARACTERÍSTICAS DEL EJÉRCITO DE FLANDES

Centrándonos en las bases del Ejército de Flandes este, constituye por sí mismo un autentico microcosmos donde confluyen soldados de diversa procedencia, tanto cultural, económica como étnica. Donde la diferenciación jerárquica, y por tanto económica, es en ocasiones brutal; un ejército no solo conformado por soldados sino también por miles de civiles que por diversas razones les acompañaban.

El reclutamiento de los hombres necesarios para las guerras fue siempre uno de los mayores problemas a los que se enfrentó la Casa de Austria. El sistema de reclutamiento voluntario, bien a través de las comisiones o los asientos, funcionó bastante bien hasta los años noventa del siglo XVI.

Generalmente se intentó que los soldados fuesen españoles; a través de las comisiones se realizaban levadas en distintas regiones españolas, según fuese el destino para combatir. Así Castilla la Vieja y las zonas cántabras eran las zonas cuyo destino serían los Países Bajos. A través de los capitanes, a los cuales el rey concedía una comisión, se instaba al reclutamiento voluntario, que en épocas de buenas cosechas se incentivaba con gratificaciones de uno a tres escudos al alistarse. La mayoría de las personas que se alistaban eran campesinos con magros ingresos y asfixiados por los censos hipotecarios. También se alistaban ciudadanos marginados aunque no todos eran plebeyos sino que se dio un número alto de caballeros que se alistaban como “particulares”, en condiciones de soldados rasos al principio, y que por méritos de guerra iban subiendo a escalafones más altos del ejército. Los soldados españoles fueron siempre los más solicitados bajo la creencia que fuera de su origen eran los más bravos. Tuvieron los mayores sueldos y recompensas, aunque también fueron los que, en mayor número desertaron o se amotinaron.

A finales del siglo XVI, se produce la máxima necesidad de reclutar tropas, ya que tras la conquista de Portugal en 1580, la Armada Invencible en 1587-88 y la intervención en Francia después de 1589, el rey Felipe II acaba implicándose en seis frentes de guerra- Inglaterra, Lombardía, Languedoc, Franco- Condado, Guerra marítima y Países Bajos-.

A la par que se daban estos hechos se produce una culminación de malas cosechas desembocando en la epidemia de 1598-1602 que eliminó al 8% de la población española. Por ello el reclutamiento de tropas se hará, cada vez con más frecuencia, en otros territorios a través de los asentistas. Los asentistas podían reclutar en zonas fuera del “Imperio español”, actuaban como jefes de sus propias tropas- nombrando a sus propios oficiales- y podían comprometerse con varios ejércitos a la vez- como los mercenarios condottieri-.

Los reyes de la Casa de Austria intentaron que sus soldados fuesen súbditos suyos y que no hubiese un número importante de mercenarios. El segundo lugar en el que se tenía tenía predilección para efectuar las levadas era Italia. La confianza en estas tropas fue muy elevada y después de los españoles eran los que mejor salario tenían. Siempre hubo regimientos de alemanes, en unas cifras bastante elevadas, pero se desconfiaba mucho de ellos por posibles motines y porque los ejércitos enemigos provenían igualmente de ellos. En la práctica la infantería alemana fue igual o más fieles al rey de España que los españoles pues se involucraron en menos motines. Otras naciones que compusieron el heterogéneo ejército de Flandes, fueron borgoñeses, inglese, irlandeses, escoceses y valones. A los valones se les reclutaba en casos de extrema necesidad y en épocas de total desesperación España llega a reclutar en Provincias Unidas a calvinistas- 164 con Ambrosio de Mexía- o a luteranos de Hamburgo. El hecho que compita con otros ejércitos para reclutar soldados- con el ejército habsburgués, por ejemplo- hizo posible que España se valiese de cualquier fórmula para reclutar. A

partir de 1620, España empleó la coacción para efectuar levadas en la península, reclutando a los pobres existentes en las ciudades, dando perdón a bandidos y vagabundos al alistarse pero las investigaciones efectuadas por la historiografía militar revelan que fue peor este sistema que el reclutamiento voluntario ya que el número de desertores aumentó considerablemente.

3. LA VIDA COTIDIANA EN EL EJÉRCITO DE FLANDES

La vida del soldado del Ejército de Flandes, empezaba a ser una continua supervivencia desde el momento mismo del alistamiento y su posterior traslado. España rara vez utilizó la vía marítima para el traslado de tropas. La mayoría fue a través de los corredores terrestres, siendo el más utilizado y famoso- hasta 1601 que cayó en manos francesas- el denominado “Chemin espagnol”, el Camino Español. Sin pararnos en el análisis de las dificultades tecnológicas, enormes para la época “efectivamente es un milagro que hayan podido nunca llegar a los Países Bajos soldados españoles, especialmente por tierra” (Parker, 1976:119).

Una de las mayores dificultades representaba el alojamiento y alimentación diaria de los soldados en marcha. Hasta 1550 el sistema de aprovisionamiento de los soldados europeos fue primitivo en extremo, al consistir en el requisamiento de alimentos, allí donde pasaran, así como en el alojamiento de casas de los pueblos donde estuviesen. Los problemas de este comportamiento acarrearón que muchos soldados, incluidos oficiales, fueran acusados de numerosas tropelías contra la población civil. También el mayor tamaño de las tropas que se trasladaban ocasionó la creación de una nueva institución como fue la etapa, étape o stape. Utilizada con fines comerciales desde hacía mucho tiempo, en el siglo XVI se adapta la idea con fines militares como centros de aprovisionamiento de víveres y alojamiento. En un principio serán los gobiernos de las ciudades los encargados de mantener a los soldados en marcha, posterior pago de indemnizaciones, pero el cumplimiento de esto hizo más eficaz delegar esta responsabilidad en asentistas particulares. Según los recursos de la Corona española en ese momento, los soldados tenían que pagar o no de su bolsillo lo que comiesen, cuando eso último ocurría era muy probable la existencia de desórdenes o desertión.

El ejército español, además, no solo estaba constituido por los propios soldados sino también por una enorme hueste de personas, de las cuales esposas y prostitutas eran solo una parte. A pesar de los intentos de limitar o prohibir el matrimonio, eran muy numerosos los soldados que se casaban, sirviendo las mujeres como aporte económico al trabajar en los más diversos oficios -lavandera, cocinera, fregona, etc.-. Las mujeres con las cuales se casaban los soldados eran, en la mayoría de las ocasiones, españolas residentes en los Países Bajos, descendientes de españoles o viudas de otros soldados, aunque también se dio el matrimonio mixto.

Es llamativo el hecho que, a partir del siglo XVIII, los matrimonios mixtos fueron menores, aunque teniendo en cuenta la duración de esta guerra es bastante lógico que ya para este siglo la sociedad militar en los Países Bajos se constituyera como una sociedad cerrada en sí misma y autónoma del resto de la población.

Las prostitutas fueron limitadas en número a partir de las ordenanzas militares de 1596, a cuatro y ocho meretrices por compañía de 200 hombres. Además de estas mujeres, con sus hijos, un número muy alto de personas que acompañaban al ejército eran lacayos o asistentes que servían a los soldados. Los oficiales, generalmente, siempre tenían a su servicio entre cuatro o cinco mozos, y soldados particulares pertenecientes a la nobleza utilizaban lacayos normalmente. De los 5.300 veteranos que abandonaron los Países Bajos en 1577 se dijo que iban acompañados por 2.000 lacayos. Otro tipo de acompañantes eran los vivanderos o vivandiers, personas que proporcionaban al ejército víveres, equipo o dinero. Las ordenanzas estipularon que no hubiese más de tres vivanderos por compañía pero esto no se cumplía normalmente pues muchas de estas personas se dedicaron a comprar botines y bienes subastados de los soldados caídos en combate.

Uno de los aspectos que más llama la atención entre los soldados españoles es la diferencia entre mismos. No solamente se observa en la jerarquía sino en las clases más bajas.

Al cuerpo conformado por los oficiales la corona siempre intentó mantenerlo bajo su control, y si bien consiguió este objetivo a lo largo de las muy numerosas guerras que hubo, la autoridad del capitán general del Ejército de Flandes era impresionante pues la única potestad que se le negaba era el derecho a firmar la paz o a declarar la guerra. Con un salario de 36.000 escudos, su renta se equiparaba a la de los grandes de España. Con esa cantidad mantenía un estilo de vida aristocrático con secretario, mayordomo, tesorero, gentiles-hombres de cámara así como un número diverso de entretenidos cerca de su persona, equivalentes a los oficiales de estado mayor. El capitán general controlaba todo el dinero que el rey enviaba al tesoro militar y disponía de él según su voluntad.

En el escalafón más bajo se encontraba la tropa, totalmente supeditada a las órdenes de los capitanes. De ellos dependía la disciplina y podían azotar, humillar o multar a cualquiera de sus hombres. Elegían a los ocho cabos que conformaban la compañía y a los sargentos, sin mediar ningún superior. Así mismo podían conceder las denominadas “ventajas ordinarias”, elevando el salario del soldado- de tres escudos- e igualmente repartían a su total arbitrio los 30 escudos de complemento que el tesoro militar destinaba convirtiendo a los capitanes en prestamistas. La irresponsabilidad de los oficiales, la cual fomentó muchos motines, hizo que el gobierno intentase pagar directamente en mano a la tropa y en especie. Para 1630 esto se consiguió totalmente.

Uno de los mayores quebraderos de cabeza de la corona española fue siempre la de sostener a la tropa diariamente. El gobierno se encargaba de proveer el pan de cada día, “el pan de munición” y este se le deducía del sueldo pero el infortunio podía caer en cualquier momento ya que muchas veces los proveedores caían en la bancarrota o la calidad del pan suministrado producían enfermedades y hasta epidemias. A partir de 1580 la provisión de vestimenta corrió a cargo del gobierno y aunque su falta no provocó motines o desertiones, según iba avanzando la guerra los tercios españoles se convertían de engalanadas tropas de diversos colores y adornos en harapientas bandas semejantes a los pícaros. Consideradas menos importantes de proporcionar que el pan, las armas y armaduras de las tropas, eran dadas a crédito por los asentistas empleados por el gobierno, siendo el propio soldado el que cargase con la compra de la pólvora y las municiones.

4. MOTINES Y DESERCIONES

El descontento militar tuvo dos vías de escape como fueron el motín y la desertión. Con respecto al motín este fue una protesta colectiva para que les trataran más humanamente, “con el fin de persuadir al estado a tratar a sus empleados más honestamente, más humanamente, más respetuosamente” (Parker, 1972:252).

Hubo dos ciclos principales de motines, el de 1573-1576 y el de 1589-1607, coincidentes con periodos de crisis, graves atrasos unido a la carestía de alimentos.

Las causas de los motines fueron muy diversas y nada mejor que ver las peticiones exigidas. En primer lugar se exigía el pago de los atrasos –algo demasiado corriente–, tanto a los vivos como a los muertos. Pero no fue el único motivo. La fatiga de la guerra, las duras penalidades, la frustración ante la duración e inutilidad de la guerra, constituyeron razones muy poderosas para amotinarse. Por ello pedirían perdón por su actuación y pasaportes para los que desearan salir de los Países Bajos. Otra petición que nunca faltaba era la de una “revista general”, por la que cada soldado eligiese en que unidad deseaba servir. Otras reclamaciones fueron exigir hospitales militares, almacenes de víveres a precios asequibles, más cirujanos, capellanes para cada compañía, trato más humano por parte de los oficiales, etc.

El soldado raso despreciado por sus jefes y odiado por los civiles adquiría a través del motín rango de ser “alguien” y además igual que sus compañeros de armas, piqueros arcabuceros, caballeros u oficiales, una vez amotinados tenían todos los mismos rangos.

Con una perfecta disciplina, casi mejor que en el ejército, la fuerza de su experiencia, armas y número, obligaban a la Corona a hacer frente a sus peticiones. Aunque no se puede culpar a los motines como única causa del fracaso de la guerra, lo cierto es que pusieron en jaque a la Corona española por el desastre tanto financiero como militar que ocasionaron.

Los tercios españoles fueron los mayores promotores de motines, pero después las demás “naciones” pronto aprendieron y en los últimos motines estaban implicados una gran diversidad de soldados.

La desertión fue otra salida del soldado, incluso más buscada que el motín, pues ganaban la libertad y la vida, ya que muchos motines acababan en verdaderos baños de sangre.

Los que antes desertaban eran los peor pagados.

Mientras los motines fueron decreciendo – épocas de mejores cosechas, mejoras de la administración de justicia imperial, provisión garantizada de pan, alojamiento y ropas, etc.- aumentaron las desertiones, respuesta más individual. A partir del siglo XVII el control del gobierno sobre los movimientos a través de las fronteras se hizo menos eficaz, pudiendo desertar con más facilidad los soldados, incluso los expatriados. Además, para este siglo los desertores gozaron de la complicidad, no solo de sus camaradas, sino también del clero, de la población local y de los magistrados. Las medidas que más se emplearon contra la desertión, como ejecuciones, prisión o latigazos no frenaron esa tendencia, llegando las autoridades a imponer la medida de la disolución de la unidad que resultara antieconómica, fue la denominada “reforma”, muy impopular entre los oficiales.

Esta guerra trajo un sacrificio enorme de hombres, dinero y prestigio y solo produjo humillación y derrota. La base de todos los fracasos militares no fue la escasa preparación técnica de los hombres, ya que esta era bastante buena para la época, a pesar del empleo cada vez con mayor frecuencia de bisoños o soldados sin preparar. Tampoco el fracaso se puede atribuir a los motines o a las constantes desertiones. Estas más bien reflejaban los problemas y la causa real de la derrota: la falta de dinero. Los ingresos del Ejército de Flandes siempre fueron insuficientes, incluso en 1574, año de mayores esfuerzos. Sin ahondar en este aspecto, del que queda mucho que investigar todavía, si el soldado estaba casi siempre descontento o en peligro constante, esto se debió fundamentalmente a la falta de dinero y a las peculiaridades de esta guerra intensa y sufrida.

“Es importante contemplar la vida militar en perspectiva” (Parker, 1976: 228). Esta aseveración es muy importante a tener en cuenta pues, primeramente la vida del soldado español fue bien diferente según en que guerra estuviese implicado. La vida de las guarniciones italianas, los denominados “presidios”, donde había una buena vida con abundantes botines, mujeres, vino... en muy poco se parecía a la que llevarían en su traslado a Flandes. Generalmente, la vida en el Ejército de Flandes ofrecía pobreza pero también daba la posibilidad de enriquecerse, al apoderarse de un rico botín o de un prisionero rico. Teniendo en cuenta la vida del campesino español, enfrentado a una dura supervivencia por conseguir el pan diario y agobiado por múltiples cargas de impuestos, diezmos o derechos señoriales, el soldado tenía asegurada la ración diaria de pan. Si el soldado sobrevivía a las batallas, después de años de subsistencia, el soldado podía tornarse en un hombre rico. La picaresca en el Ejército de Flandes fue completa.

5. CONCLUSIONES

Después de todo lo expuesto, ciertamente no podemos concluir otra cosa que la vida del soldado en el Ejército de Flandes fue muy dura por las condiciones de la guerra en la que se vio inmerso, en la cual el número de muertos fue uno de los más altos de la época. Por ejemplo en el Tercio de Nápoles entre 1572-74 se llegó a perder al 41% de sus hombres en combate. Fue un ejército en el que para conseguir el salario estipulado pasó muchas veces por amotinarse y conseguir un permiso era más difícil que la posibilidad de desertar. Esta guerra nos enseña que si bien la tecnología es necesaria a la hora de combatir con toda probabilidad tiene más valor el trato humano concedido a los soldados. ●

Bibliografía

- BERTAUD, J. P.: *El soldado* en Vovelle, M (ed.): *El hombre y la ilustración*. Ediciones. Akal, Madrid, 1995.
- KIERNAN, V.: *Mercenarios extranjeros y monarquías absolutas*.en Trevor-Aston (ed.): *Crisis en Europa (1500-1660)* Ediciones Alianza, Madrid, 1983.
- NEF, J.U.: *La guerre et le progrès humain*. Paris, 1950.
- PARKER, G: *El ejército de Flandes y el Camino español (1567-1659)*. Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1976.
- PARKER, G: *España y la Rebelión de Flandes*. Ediciones Nerea, Madrid, 1989.
- PUDDU, R: *El soldado gentilhombre*.Ediciones Arcos Vergara, Barcelona, 1984.
- HAY, D (dir.): *La época del Renacimiento*. Ediciones Planeta, Barcelona, 1988
- QUATREFAGES, R: *A la naissance de l'armée moderne"*. Melanges Casa de Velásquez, XIII, 1977.